

## FUNDAMENTALISMO CULTURAL

**VERENA STOLCKE**

Profesora de Antropología Social,  
Departamento de Historia de las Sociedades Precapitalistas y  
Antropología Social,  
Universidad Autónoma de Barcelona (España)

En muchos países puede declararse un cambio en la derecha y el centro políticos hacia una retórica anti- inmigrantes sobre la diversidad cultural, basada en ciertas hipótesis que subyacen en los modernos conceptos de ciudadanía, identidad nacional y estado –nación. En Europa Occidental, los inmigrantes de los países pobres del Sur (y, más recientemente del Este) se consideran cada vez más como extranjeros indeseables y como una amenaza. Los inmigrantes que ya <<están entre nosotros>> son objeto de hostilidad y violencia, a medida que los gobiernos conservadores y de derecha alimentan los temores populares con una retórica de exclusión que exalta la identidad nacional fundada en le exclusivismo cultural.

En algunos países europeos, los medios de comunicación y los políticos alertan del peligro de extrañamiento o alienación que provocan los inmigrantes en el país<<anfitrión>>. En otras palabras, el problema no está en <<nosotros>>, sino en <<ellos>>. Aunque, obviamente, los inmigrantes no son culpables del desempleo, de la escasez de viviendas y de las deficiencias de los servicios sociales, como se trata de atribuirles, se convierten en chivos expiatorios de <<nuestras>> dificultades socio-económicas.

El significado de esta retórica culturalista de exclusión ha sido muy controvertido. En mi opinión, más que considerarla como una nueva forma de racismo, la racionalización del sentimiento y la política anti- inmigrantes se puede entender mejor como una forma de fundamentalista cultural. Esto no es simplemente un juego de palabras. La retórica culturalista se distingue del racismo en que cosifica la cultura, concibiéndola como un todo compacto y territorializado. Esta idea se considera históricamente enraizada en un conjunto de tradiciones y valores transmitido de generación en generación de acuerdo con la ideología decimonónica del estado- nación.

La estructura conceptual del fundamentalismo cultural es genuinamente distinta del racismo tradicional, como una resurrección aparentemente anacrónica, en un mundo económicamente globalizado, de un sentido exaltado de identidad primordial. Pero esta contradicción entre la igualdad de oportunidades y la libertad individual, por un lado, y la exclusión, por otro, es de hecho inherente al liberalismo moderno.

Hay otro componente más del fundamentalismo cultural. En el discurso político y popular sobre la inmigración extracomunitaria en los primeros años 80, puede hallarse una hipótesis clave sobre la naturaleza humana. Los titulares de los periódicos, los políticos y los intelectuales, así como el hombre de la calle, invocan el término xenofobia, junto con el racismo, para describir la creciente animosidad contra los inmigrantes. En efecto, quienes defienden que se detenga la inmigración, hablan de un <<umbral de tolerancia>>, aludiendo a lo que los ecologistas llaman imperativo territorial: el hecho de que las poblaciones (advértase: entre los animales) tienden a defender sus territorios contra los <<intrusos>>, cuando exceden de una cierta proporción (estimada entre el 12 y el 25%) ya que, de otro modo, se producirían graves tensiones sociales.

<<Xenofobia>> significa literalmente <<odio, repugnancia u hostilidad hacia los extranjeros>> (*Diccionario de la Real Academia Española*). Los conservadores la consideran como una actitud inherente a la naturaleza humana, que explica la supuesta tendencia congénita a valorar la cultura propia con exclusión de las demás, e incapacita, por tanto, para vivir con otros. Esta idea es, desde luego, un mito social, más que un hecho natural, al menos hasta que se descubra un gen xenófobo. Hasta entonces, la xenofobia es al fundamentalismo cultural lo que el concepto bio- moral de <<raza>> es al racismo, a saber, la constante que legitima a las respectivas ideologías.

Así pues, el fundamentalismo cultural asume una categorías de personas simétricamente opuestas: el extranjero en oposición con el nacional y el ciudadano. La aparente contradicción en el ethos democrático liberal moderno, entre invocar una humanidad compartida, basada en la idea general de que ningún ser humano debe ser excluido, mientras que al mismo tiempo se habla de particularismo cultural en términos nacionales, se resuelve ideológicamente del siguiente modo: el inmigrante como extranjero y, como tal, <<enemigo>> potencial que amenaza <<nuestra>> integridad nacional – cultural, se construye a partir de un rasgo compartido por el <<yo>>.

Así entendida, la integridad nacional, interpretada como singularidad cultural, se convierte en una barrera infranqueable para hacer lo que es (en principio) connatural al ser humano, es decir, comunicarse.

En lugar de disponer las diferentes culturas en agrupaciones, el fundamentalismo cultural las segrega territorialmente. Se ignora el hecho de que los estados – nación no son en modo alguno uniformes. Las comunidades políticas localizadas se consideran, por definición, culturalmente homogéneas. La supuesta propensión xenófoba inherente reterritorializa las culturas (aunque desafía el supuesto arraigo territorial de las comunidades culturales, ya que está dirigida contra los extranjeros que <<están entre nosotros>>). Su objetivo son los extranjeros desarraigados que no consiguen asimilarse culturalmente.

El fundamentalismo cultural contemporáneo afirma la nacionalidad como prerequisite de la ciudadanía, en un patrimonio cultural compartido. Como las doctrinas racistas se desacreditaron políticamente, a consecuencia de los horrores de la Segunda Guerra Mundial, el fundamentalismo cultural, como retórica contemporánea de la exclusión, se edifica, en su lugar, sobre la noción nacionalista de exclusivismo cultural. Los inmigrantes pueden seguir siendo identificados por su fenotipos, pero lo que tiende a verse en sus <<caras>> actualmente es su condición de extranjeros y su pobreza, más que su <<raza>>.

Sería interesante seguir las nuevas controversias provocadas por las proyecciones de población de las Naciones Unidas para Europa. Con el telón de fondo de la ideología del exclusivismo cultural que acabamos de describir, no sería sorprendente que la creciente necesidad de mano de obra inmigrante en los países ricos, anunciada por Naciones Unidas y por Eurostat, pueda dar lugar no sólo a nuevas políticas oficiales de fomento de la natalidad, para inducir un mayor entusiasmo procreador en las mujeres nacionales; hay indicios también de que pueden hacer a la población de la tercera edad más receptiva respecto a recortes en los beneficios de la jubilación, para no verse anegados>> por extranjeros indeseables.